Sobre la oración «hágase, cúmplase...»

Este breve artículo está dedicado a mostrar una posible fuente de la conocida oración «hágase, cúmplase, sea alabada y eternamente ensalzada la justísima y amabilísima Voluntad de Dios, sobre todas las cosas», que se incluye en el n. 691 de *Camino*, en el n. 153 de *Amigos de Dios* y en el n. 769 de *Forja*, libros (todos ellos) de san Josemaría Escrivá de Balaguer.

En la edición crítico-histórica de *Camino*, su autor, el P. Rodríguez, indica que «esa oración *recia y viril* es una de las más antiguas plegarias recogidas en el *Enchiridion indulgentiarum de la Santa Sede*, pero añade diciendo que «lo que no he podido saber es cuándo y por qué vía le llegó a san Josemaría el conocimiento de este texto, que está atestado con autógrafo ya desde 1928».

He encontrado esta oración en un libro de narraciones edificantes, donde se incluyen muestras de religiosidad popular, relatos de conversiones y apólogos con finalidad evangelizadora. Existen diversos libros de este tipo, escritos por autores jesuitas y publicados a finales del siglo XIX y principios del XX. El libro concreto en que aparece esta oración es *El país de la gracia*, de José María Castillo, S.J., y lleva como subtítulo: *Cuentos de mil colores, escenas populares y tradiciones cristianas*. He manejado la 5ª edición, que es de 1927, pero, en la primera página del texto se menciona que la primera edición es de 1888.

La tercera de las narraciones de este libro se titula «El farolón». En ella se describe una manifestación de religiosidad popular en una población que no se nombra, pero que

se menciona como «*la feracísima T., que el Ebro baña*». Concretamente se detalla cómo se rezaba el rosario por las calles de esa población, en procesiones formadas exclusivamente por hombres y, al final del rezo de ese rosario se recitaba la oración «hágase, cúmplase...». El leve argumento de esa narración es que los devotos de una de las parroquias de la población aludida quieren tener un farol de gran tamaño para llevarlo en la procesión y, para costearlo, recogen donativos por la calle y, sobre todo, una donación de cierta importancia recaudada en la tertulia de una marquesa que vive en esa población. De pasada se narra cómo fueron las conversiones de dos de los devotos que toman parte en el rezo procesional del rosario.

En la homilía *El trato con Dios* (integrada en *Amigos de Dios*), san Josemaría alude dos veces a procesiones integradas exclusivamente por hombres que él, en su juventud, vio en el centro de Zaragoza capital. Es de notar que, precisamente en esta homilía, de nuevo se recoge la oración «hágase, cúmplase...», pero sin relacionarla con las procesiones mencionadas.

Hay, por tanto, similitudes en lo atestiguado por ambos autores. En los dos casos se trata de procesiones formadas sólo por hombres, de poblaciones de la ribera del Ebro. El P. Castillo dice expresamente que el rezo procesional del rosario se acababa con la oración «hágase, cúmplase...». Parece bastante verosímil que, en las procesiones presenciadas por san Josemaría ocurriera lo mismo, aunque las poblaciones fueran distintas. Por lo que el P. Castillo dice en su narración, parece que se trata de una población navarra (se alude a monedas antiguas navarras: *tresenas*), se dice que la localidad tiene catedral, el autor la nombra como «T.» y, finalmente el P. José María Castillo Pérez de Ciriza nació en Tudela en 1842, por lo cual es casi seguro que la procesión descrita se realizaba en la localidad natal del autor. Aunque un poco larga, transcribo la descripción de la pro-

cesión (está en el cap. II, de la narración «El farolón», en el libro arriba mencionado):

«Es un espectáculo hermosísimo, indescriptible, digno de un país de patriarcas y de un siglo mejor que el nuestro, el que ofrecen aquellos honradísimos labradores (pues el Rosario de cada parroquia se compone de hombres solos) cantando a voz herida las alabanzas de la Madre de Dios. A medida que el Rosario entra por las calles, éstas se iluminan como por encanto. Son las piadosas mujeres, que después de haber acostado a la familia menuda, salen con el candil o el velón a las ventanas y ventanillos para asociarse a la tierna devoción de sus maridos.

¡Cuánto debe agradecer la Reina del cielo tan cariñosa devoción! Va el marido deshecho de trabajar, sin encogimiento ni jactancia, sencillamente gritando por esas calles las grandezas de María; y la esposa, no menos cristiana, se asoma al balcón, y publica a su modo que en aquella casa reina la fe entrañable en la Virgen del rosario, y que si rezando se empieza la jornada, rezando también se concluye.

[...] Para sostener el modesto gasto de luces y demás a que esta devoción da lugar, se necesita alguna limosna. Es preciso, pues, pedir [...] ¡para la luminaria del santísimo Rosario! [...] A veces la piadosa comitiva se detiene delante de una casa, interrumpe la decena comenzada, y el que lo dirige se pone a rezar en voz alta, «por una necesidad», un Padrenuestro, que todos contestan. Generalmente se trata de un enfermo grave, devoto las más veces y en todo caso se pide a Dios le dé la salud, «si le conviene».

Llegado el Rosario a su punto de partida, todos se arrodillan bajo la celeste bóveda, y rezan las letanías con las demás oraciones que se usan entre gentes de buena conciencia. Por cierto, que al acabarlo, aquellos sencillos hijos de la Iglesia recitan una plegaria, modelo en su género, que todos repiten palabra por palabra, y que pone digno remate a su cristiana manifestación. Hela aquí en toda su breve sublimidad, con la puntuación que le dan los buenos devotos:

Hágase, cúmplase, sea alabada, y eternamente ensalzada, la justísima y amabilísima voluntad de Dios, sobre todas las cosas. Amén. Jesús».

Compárese lo anterior con lo que san Josemaría recuerda en los n. 142 y 148 de *Amigos de Dios*:

«El domingo *in albis* trae a mi memoria una vieja tradición piadosa de mi tierra. En este día [...] era costumbre entonces que se llevara la Sagrada Comunión a los enfermos —no hacía falta que fueran casos graves—, para que pudieran cumplir el precepto pascual.

En algunas ciudades grandes, cada parroquia organizaba una procesión eucarística. Recuerdo de mis años de estudiante universitario, que resultaba corriente que se cruzasen, por el Coso de Zaragoza, tres comitivas en las que sólo iban hombres —¡miles de hombres!, con grandes cirios ardiendo. Gente recia, que acompañaba al Señor Sacramentado, con una fe más grande que aquellos velones que pesaban kilos.

[...] De nuevo vienen a mi cabeza los recuerdos de mi juventud ¡Qué demostración de fe aquélla! Me parece oír todavía el canto litúrgico, respirar el aroma del incienso, ver miles y miles de hombres, cada uno con un gran cirio».

Por lo que indica san Josemaría, él presencié estas procesiones en torno a 1920. Aunque era una «*vieja tradición*» y los rosarios rezados procesionalmente que describe el P. Castillo tenían lugar a finales del siglo XIX. No están, por tanto muy alejadas cronológicamente estas dos manifestaciones de religiosidad popular. Ni tampoco, al parecer, geográficamente. Parece, por tanto, bastante verosímil, que ambos autores oyeran la oración «hágase, cúmplase...» en las procesiones que ellos mismos describen.

FRANCISCO GALLEGO-LUPIÁÑEZ

Universidad Complutense de Madrid